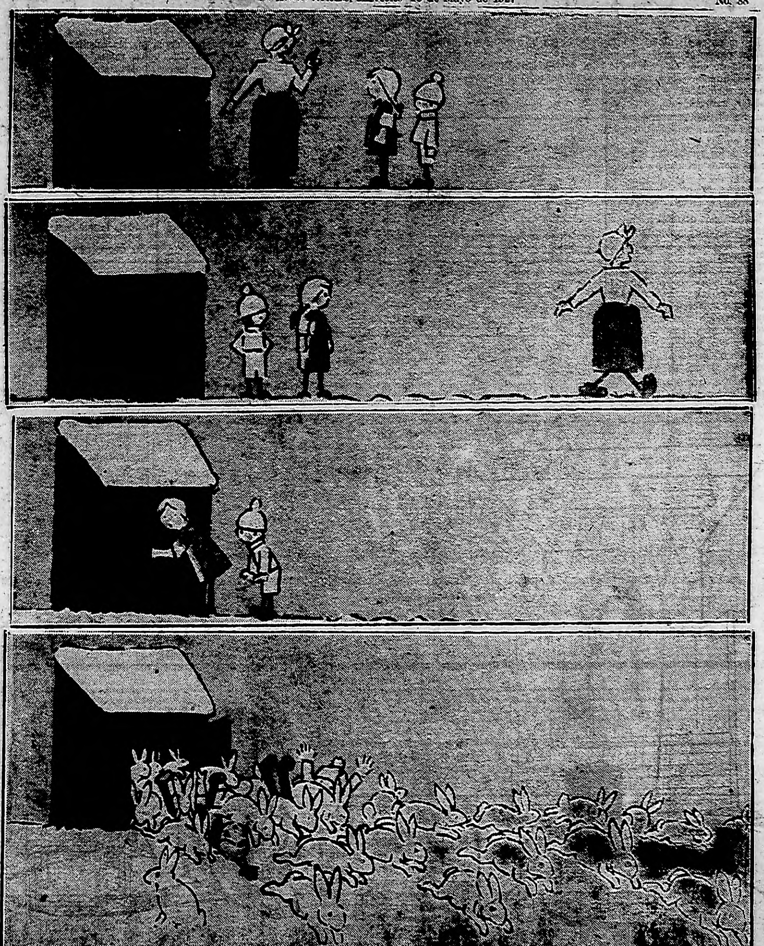
para los pibes

BUENOS AIRES, Miércoles 18 de Mayo de 1927 No. 88



DESOBEDIENCIA. Historieta muda para niños traviesos.

LA PELOTA

CUANDO tenéis costumbre de pasar el verano a la orilla del mar desde pequeños, es muy duro tener que quedarse en la capital sólo porque a unos tíos vuestros se les ocurra no moverse de casa, y limitarse a ver la Exposición de pinturas y asistir a las subastas del Hotel de ventas.

Bien lo echaban de ver Angelito y Tomasita. Sus tíos no eran de esos tíos simpáticos que hay. Hubiérase tratado de tía Clara, tan hábil para vestor una muñeca y tan graciosa para contar un cuento de hadas, o de tío Reinaldo, que le lleva a uno de paseo y le da dos pesetas de una vez, sin preguntar nunca en qué se han empleado, las cosas cambiarían. Pero se trataba de tío Tomás y de tía Angeles.

No podían los chicos hacerse cargo del motivo de que sus tíos se metieran en todo lo que estaban haciendo; y en su interior habían tomado la resolución formal de que cuando fuesen mayores no habría tío ni tía que entrase en su casa. No se les ocurría pensar, a las pobres criaturas, que un día había de llegar en que ellos a su vez fuesen tíos y tías, o por lo menos, una de las dos cosas.

Sentáronse después en rincones opuestos del cuarto de plancha, y estuvieron lloriqueando y poniéndose motes, diciendo que ojalá no hubiesen nacido, lo cual es una tontería; pero ya recordaréis que hacía mucho calor.

Cuando se cansaron de ponerse motes, fué Tomasita la que de pronto gritó—: Bueno, Angelín, vamos a estar contentos.

—¿Contentos con el calor que hace?— dijo Angel en tono sombrío.

—¿Qué necesitaríais para estar contentos?— dijo una voz fina, entrecortada, que salía del cajón de los juguetes; y al mismo tiempo cayó de él, rodando, la pelota grande de goma, verde y encarnada, que tía Clara les acababa de regalar. Apenas habían jugado con ella, porque el jardín estaba muy caluroso y lleno de sol, y cuando se habló de jugar en la calle, a la sombra, tía Angeles dijo que los niños bien educados no juegan en la calle; y no les dejaron salir.

Fué rodando la pelota muy despacito, y la luz que brillaba en su recién pintada superficie hubiérase afirmado que les hacía guiños. Os figuraréis que les sorprendería mucho oír hablar a una pelota; nada de éso. Cuanto mayores seáis y más extrañas cosas os ocurran, veréis como la que más os asombra es la que menos os sorprende. (Quisiera saber por qué. Pensad en esto y escribidme después lo que se os haya ocurrido).

Púsose en pie Angelito y dijo—: ¡Hola!—; pero era demasiada cortesía. La hermana contestó a la pregunta de la pelota:

—Quisiéramos vernos a la orilla del mar, sin tías y sin ninguna cosa que nos moleste; y sin tíos, como es natural — dijo—:

—Pues bien —dijo la pelota—; si estáis seguro de que vais a ser buenos, ¿por qué no me hacéis botar?

—Aquí no nos dejan —explicó Tomasita— porque no se rompan los cacharritos que me regalaron el día de mi santo.

—Pues en la calle —indicó la pelota—. A la sombra se está muy bien.

—Los niños bien educados no juegan en la calle —dijo tristemente Angel.

La pelota se echó a reír. Si no habéis oído nunca reírse a una pelota de goma, no me entenderéis. Es el rumor de esa especie de saltito rápido, rápido y suave, suave, suave que da la pelota cuando la dejáis, cansados de hacerla botar.

—Pues en el jardín —propuso.

—Vamos al jardín, por mi parte, si quieres —contestó amablemente el niño.

Se fueron con la pelota al jardín y la hicieron botar al sol, sobre el césped seco y amarillo.

—Venid —les dijo la pelota—, haced lo que yo hago

—¿Qué? —preguntaron los niños.

—Lo que yo hago: saltar. Eso es: más alto, más alto, más alto!

Los niños se habían puesto a dar botes como si sus pies fuesen pelotas de caucho; no tenéis idea de la deliciosa sensación que experimentaban.

—¡Más alto, más alto! —les gritaba, saltando excitadísima, la pelota verde y encarnada—. ¡Venid detrás de mí, más alto, más alto!— Y saltó por el sendero y los niños tras ella, dando gritos de gozo por lo nuevo de la sensación. Saltaron por encima de la tapia los tres a un tiempo, y los niños volvieron la cabeza en el momento preciso en que tío Tomás, golpeando los cristales con los dedos les decía—: ¡No!...

No sabéis la gloria que se siente al encontrarse lleno de elasticidad; ¡eso de no arrastrar un pie detrás del otro, como cuando os sentís fatigados o aburridos, sino ir saltando, y cuando los pies tocan al suelo, volver a brincar más arriba, todo ello sin molestia ni cansancio!... Sin duda habréis oído hablar de aquel señor griego que cobraba fuerzas cada vez que se caía. Llamábase Anteo, y tengo para mí que no era más que una pelota de goma, verde por el lado que tocaba a la tierra y encarnada por el que miraba al sol. Pero basta ya de erudición clásica.

Tomasita y Angel botaban en pos de la Pelota Saltarina. Saltaron cercas y tapias, jardines secos y calles ardorosas; pasaron por los lugares en que campos y huertas y casitas de ladrillo claro indican la separación que existe entre la capital y el suburbio. Cruzaron los arrabales, polvorientos y desaseados, con geranios en todos los jardines y cortinas a medio descorrer; y poco a poco, los faroles se hicieron escasos, la campiña más verde y los setos más altos: era el campo, el campo verdadero, con sendas en lugar de calles, y por las sendas, la pelota saltaba, saltaba, saltaba y los niños detrás. Tomasita, con su vestido almidonado, de cuello tan estrecho, y Angelito con el traje de marinero que a diario llevaba, un poco apretado también por los sobacos. El de los días festivos le estaba ancho. Nadie parecía reparar en ellos, pero ellos reparaban en todos los chiquillos que iban de paseo por los caminos suburbanos, y los compadecían.

—¿A dónde vamos? —preguntaron a la pelota, que les respondió con una relumbrante sonrisa verde y encarnada:

—Al lugar más delicioso del mundo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Angelito.

—Se llama Villadondequeráis—, contestó la pelota—. Y los tres siguieron adelante. Fué un viaje maravilloso: arriba y abajo, a través de los setos o por encima de las cercas, ya junto a la puerta de una alquería, ya tocando en las chimeneas, arriba y abajo, salta que salta...

Por último llegaron al mar, y la Pelota Saltarina les dijo:

—¡Ya estáis aquí! Sed buenos, porque no hallaréis más cosas que las que hacen la felicidad de los que las tienen.

Con esto, se echó como una pelota cualquiera a la sombra de una roca húmeda de algas marinas, y se durmió, cansada de tan largo viaje. Pararon de saltar los niños y miraron alrededor.

—¡Ay, Tomasita! —exclamó Tomasita.

Justo era su asombro, porque el lugar a donde la pelota les había guiado era tan hermoso como pudiera soñarlo la fantasía, y mucho más aún.

Sentáronse y empezaron a merendar. Era un piscolabis riquísimo. Langosta y helados de fresa y de piña, almendradas y tostaditas de pan con manteca, y zarzaparrilla para quitarse la sed. Mientras comían, pensaban en su tía y en su tío, en su casa, en la ternera enflaquecida y en el pastel de serrín, y se sentían felices.

En el momento de acabar, vieron a cierta distancia que el mar verde se conmovía en un remolino de latigazos y salpicaduras, y, quitándose los vestidos, se metieron en el agua a ver lo que pasaba. Era una foca, muy amable y bien educada, que les enseñó a nadar y a bucear.

—Pero ¿no nos sentará mal el baño después de la comida? ¿No es perjudicial? —preguntó Tomasita.

SALTARINA

—Nada de eso —contestó la foca—. Aquí no hay nada perjudicial, mientras seáis buenos. Venid que os enseñe a jugar al paso marino, admirable juego, frío y tonificante. Probemos.

Por último, la foca les dijo—: Me figuro que traeréis vestidos humanos, y no son a propósito. Mis dos hijos mayores tienen unos que se les han quedado cortos. Si los queréis...

Y se sumergió, volviendo a salir en seguida con dos trajes de mallas doradas de piel de foca, que dió a los niños.

—Gracias, muchas gracias —le dijeron—. Es usted muy amable.

Casi estoy seguro de que nunca habéis tenido la suerte de probaros un traje de mallas hecho de piel de foca, de los que no se echan a perder con la arena ni con el agua, ni con las compotas, ni con las sopas de leche, ni con todas esas cosas tan buenas que dejáis caer en los vestidos que os regala vuestra cariñosa familia. Pero si podéis, imaginaros cuán bonitas eran las mallas que se pusieron los dos niños.

—¿Saben dónde estamos?—preguntó Angelín a la pelota.

—Se imaginan que lo saben —contestó la pelota— o vosotros os imagináis que ellos se figuran que lo saben. Sea lo que quiera, se encuentran a gusto. Buenas noches.

Y se fué de un salto, como una pelota cualquiera, a descansar en el sitio acostumbrado. Los dos niños fueron a buscar su grato, suave y blando nido de paja y hojas secas y helechos y musgo, y se echaron a dormir. Pero Angelín estaba resentido con Tomasita porque ella se había acordado de su madre antes que él, y le dijo que se llevaba todos los helechos, y se durmieron los dos muy enfadados. Al despertar estaban más enfadados aún. Hasta entonces se habían ayudado mútuamente a hacer la cama en seguida de levantarse, pero aquel día no lo hicieron.

—No veo por qué motivo he de hacer yo las camas —dijo él—; eso es cosa de chicas, no de chicos.

—No veo por qué motivo he de hacerlas yo —replicó Tomasita—; eso no es cosa de señoritas, sino de criadas.

Entonces ocurrió una cosa terrible. De repente, surgió de la nada, procedente de ninguna parte, una doncella muy alta y robusta, limpia de veras, que les dijo:

—Tiene usted mucha razón, señorita; a mí me corresponde hacer las camas. Y tengo también encargo de que se acuesten los dos a las siete.

Pensad lo tremenda que les parecía una cosa así a unos niños que se habían acostumbrado ya a no irse a la cama hasta que se sentían inclinados a ello. Los dos salieron a la playa.

—Mira lo que ocurre cuando uno es malo —dijo Tomasita; y Angelito exclamó por toda respuesta—: ¡Chitón!

Bañábanse los niños a diario en el mar, y si se hubiesen contentado con esto, nada malo hubiera ocurrido. Pero no se contentaron.

—Vamos a hacer un baño —dijo Angelito— para que entre el mar en el y lo llene, y luego nos bañamos en él.

Y, cogiendo sus palas, abrieron un hoyo; en esto no había daño ninguno, podréis decirme con razón. Pero cuando el hoyo estuvo hecho y el mar fué arrastrándose, arrastrándose, hasta que una ola reventó con fuerza en la arena e irrumpió arremolinada en el hoyo, Tomasita y Angelito se pelearon al borde, discutiendo quién había de meterse primero, y la ola, arrastrando la arena, se volvió al mar; de modo que de los dos ninguno se bañó en la flamante bañera. Todo quedó húmedo y arenoso, y el borde, levantado con tal esmero, se desmoronó por muchas partes. Mirándolo estaban con sorda irritación, cuando la arena empezó a moverse y a removerse, y a levantarse como si algún enorme animal marino la elevase con su ancho lomo. La arena húmeda se escurrió por uno y otro lado, y un objeto puntiagudo como el dorso fino de una vaca fué apareciendo lentamente. Hízose mayor por instantes, y desprendiéndose de la arena surgió una caseta de baños calientes en el mismo lugar en que habían pretendido bañarse en el hoyo.

—¡Vaya! — exclamó Angel—. ¡Ahora sí que la hicimos!

La habían hecho buena, es verdad, porque en la puerta de la caseta se leía en un gran letrero: EN ADELANTE OS BAÑAREIS SIEMPRE AQUI.



Acabóse, pues, aquello de meterse en el agua cuando les parecía y como les daba la gana. Tenían que tomar baños calientes, y la caseta olía a agua salada y a toallas ajenas húmedas.

Después de esto, a los chicos no les gustaba mucho la orilla del mar, y preferían ir a jugar a las dunas con los conejos, tan hospitalarios y amables o al bosque, donde crecían tantas especies de flores campestres, sin letreros como los que ponen: "Se prohibe tocar", encima de las que más os gustan. Los niños pensaban en lo que tío Tomás diría si estuviese allí, y se sentían verdaderamente dichosos.

Estaban jugando en las dunas, junto al lindero del bosque, a la sombra de un heliotropo. Un seto de camelias les daba también grata frescura y en las dunas, a pleno sol, las orquídeas brotaban como margaritas del campo, y los claveles como flores de retama. En derredor todo era tierra como esa con la que no os deja andar el jardinero. Con sus palas habían hecho un bancal e iban a plantar en él verbenas. Pero a Angelín le tiraba la blusa por debajo de los brazos, y cuando Tomasita le dijo de pronto:

—Mira, Angel, mira qué bonito; parece cosa del país de las hadas—, él replicó:

—¡Tonta! ¡Si el país de las hadas no existe ni cosa que lo valga!...

En aquel momento un hada de alitas brillantes, color de cola de pavo real, pasó revoloteando por encima de la senda y fué a posarse en una magnolia.

—¡Mira, Angelito! Es un hada —volvió a gritar Tomasita—; esto es el país de las hadas y esa es un hada muy hermosa. Mira..., ya se va.

Pero él no quiso mirarla; dió media vuelta y cerró los ojos.

—¿Qué ha de haber país de las hadas? ¡Cuando yo te lo digo!—gruñó—. Yo no creo en hadas.

Y de repente, ¡qué horror!, el hada se convirtió en un guardia—todo el mundo sabe que existen los guardias y no hay quien deje de creer en ellos.

Y todas aquellas raras y hermosas flores se agostaron y desaparecieron sin dejar más que espinas y pinchos, y la nebulosa sendita cubierta de musgo que corría por lo alto de las rocas se convirtió en un paseo público por el que se puso a andar el guardia arriba y abajo, sin parar un momento, observando a los niños que jugaban; y bien sabéis lo difícil que es jugar cuando alguien os mira, sobre todo si ese alguien es un guardia.

Los niños, gimiendo horrorizados, volviéronse hacia las dunas. Frente a ellos alzábanse unas casas de ladrillo, como si las fuese dibujando una mano invisible. La arena de la playa se endureció, tornándose pavimento. Las dunas verdes tomaron un tono gris, y eran techos de pizarra, y Tomasita y Angelito se encontraron ante la puerta de hierro de su propia casa, en la acera. Tío Tomás, asomado a una ventana, estaba esperándolos, y tía Angeles les dijo que no era digno de personas bien educadas aquello de irse a la calle a jugar.

Los mandaron a la cama inmediatamente, por disposición de tía Angeles y tío Tomás dispuso que al día siguiente se desayunaran con pan seco.

Angel y Tomasita no han vuelto nunca a Villadondequeráis, ni han visto más a la Pelota Saltarina, o sus míseros despojos; pero ni de lo uno ni de lo otro son dignos. Cierto que Tomasita no merece tanto vituperio como Angel, indigno de su nombre, pero igual castigo sufrieron los dos. Yo no puedo impedirlo. Lo peor que tiene el ser malo, es eso. No sólo cae el castigo sobre el que lo es; a otros que no lo son, y, por lo general a los seres más queridos, les alcanza de igual modo.

Sois muchachos inteligentes y no he de ofenderos sacando una moraleja. No soy tío Tomás, y tampoco he de pediros que recordéis todo lo que os he contado. No soy tía Angeles.

EL ELEFANTE HUMORISTA — Historieta Muda

DICHOS DE NIÑOS — ANECDOTAS HISTORIETAS Y VARIEDADES

...niño se dispone a comerse ...de un gran plato de san... Es un cantilly con un po... de vainilla que marea. Só... ...do tan blanco y de oler... ...que] olor tan rico, se le ... Pablito la boca agua... ...por broma, mete su cu... en el plato de Pablito, y ...se una buena cucharada. ...no se atreve a decir nada ...se queda todo compungido ...empieza a hacer pucheros.

—¿...qué es eso, Pablito? ...de su papá— ¿No me das ...de postre?

—Sí, sí — dice Pablito; pero ...

—¿Por qué lloras, entonces? ¿...me lo das de buena gana? Entonces el niño tiene un ...generoso y franco, y ...al papá:

—Sí, papá; pero déjame ...que llore un poco

* * *

Estos cuentos, o estos dichos, son también para los papás. Nosotros también queremos que los papás encuentren tanto gusto como los pequeños en leer las ...as de los niños. Por eso el... este dicho, más apropósi... para los mayores que para los pequeños. Este dicho que debe recordar a los papás el cuidado que han de tener con lo que di... y hacen, pues los niños oyen.

En una ocasión jugueteaban ...niños a lo que suelen jugar ...: a ser mayores. Y le pre... ...el uno al otro:

—¿Qué harás tú cuando seas mayor?

—¿Cuando yo sea mayor?

—Sí. Cuando seas como papá.

—Pues telefonearé todos los días diciendo a mamá que no me espere, porque como fuera de casa.

* * *

—¿Me quieres cambiar una perra chica? — le preguntaba un día a su madre el gran Pablito.

—¡Cambiarte una perra chica! ¿Por qué?

—Por una de a diez — contestó el chico.

* * *

Ricardito ha ido a una población que no conoce. De pronto, en medio de un paseo, se encuentra con una estatua de un señor a caballo.

—¿Quien es éste? — pregunta Ricardito.

—Este es el rey — le responde su mamá.

—¿Y qué hace?

—No hace nada. Ya se ha muerto.

El niño se calla, y después, al cabo de un rato:

—Oye, mamá: ¿Cuando me muera yo, me dejarás montarme en un caballo tan grande como ése?

* * *

Barrabás ha dicho una mentira. Su tío le regaña.

—¿No te da vergüenza tan pequeño, mentir de esta manera?

—¿Cuando sea mayor — pregunta el niño —, podré mentir entonces?

SUCEDIDO..

El célebre comediante don Julián Romea, en las postrimerías de su vida artística hablaba muy bajo, y tímidamente le dijo una noche el representante de la empresa: — Don Julián, dicen los espectadores de las últimas filas de butacas que no le oyen a usted.

A lo que contestó Romea: — ¿Qué no me oyen? Pues, que se acerquen.

FABULAS DE ESOPO

Un hombre, pescando con caña en un río, cogió un diminuto trucha. Mientras estaba quitándole el anzuelo para echar el pececillo en la cesta, abrió éste su boca implorando piedad y rogando al pescador lo arrojase al río.

Preguntóle el hombre a título de qué debía obrar así, y el pez respondió:

—Porque ahora soy pequeña y no valgo gran cosa; pero sí, por el contrario, me pescas cuando sea mayor, te seré más útil.

—Pescarte luego, ¿eh? — respondióle el hombre que no era tonto; ¿quién me lo asegura? Por lo menos ahora, te tengo en mis manos.

"Más vale pájaro en mano que ciento volando."

REFRANERO

Riqueza acumulada engendra el orgullo.

Será tenido por sabio, quien disimula el agravio.



Son más los amenazados, que los acuchillados.

Tirar la piedra y esconder la mano, obra es de villano.

ANECDOTAS

es usted? —preguntó el "restaurateur".

—¡Pero, hombre!... ¡Si yo soy un colega de usted!

—¡Un colega!... ¡No sabía na... Manolo Collado, conocido autor, fué a comer cierto día a un restaurant carísimo y recién abierto, donde le presentaron una cuenta exorbitante.

—¿Es para mí esta cuenta?... ¿Sí?... ¿Es que no me conoce usted, por lo visto?

—No tengo ese honor. ¿Quién da! Le voy a rebajar el sesenta y cinco por ciento.

Y luego, cuando Collado salía del restaurant, el dueño le acompañó solícito y sorprendido hasta la puerta.

—Perdón, señor. ¿Quisiera usted decirme cuál es el restaurant que usted tiene?

—¡Pero si yo no tengo restaurant!

—¿Pues no ha dicho usted que es mi colega?

—Sí...

Y añadió confidencialmente:

—¡También yo soy ladrón!...

* * *

Era el tiempo en que Francisco José de Austria, enamorado de la que luego fué la emperatriz Isabel, todavía no podía considerarse como su novio. Amante tímido, no se atrevía... Una tarde, después del te, se hallaba en casa de los padres de la princesa hojeando con ésta un álbum que representaba todos los uniformes del ejército austriaco. De pronto, levantando los ojos hacia la joven, le dijo:

—¿Veis todos estos hombres todos estos soldados? Si os gustan, tomadlos. Os los regalo; serán vuestros súbditos.

¡Ingeniosa declaración!

* * *

En tiempos de Luis Felipe, fué un solicitador a visitar a un relator del Consejo de Estado, conocido entonces por su falta de escrúpulos. Y en cuanto se hallaron solos, el solicitador le dijo así:

—¡Señor, para entre nosotros! Haga usted eso. Ahí tiene usted diez mil francos, y nadie sabrá una palabra.

El consejero replica:

—Mire señor: deme Vd. veinticinco mil francos y cuénteselo a todo el mundo.

Ecos maravillosos

El eco más notable de todos los conocidos es quizás el de la catedral de Pisa. Si se cantan dos notas ... ...ación, pero si se cantan tres, ... recogen las paredes del ..., las hinchan, las prolongan y las varían hasta convertirlas en una divina armonía semejante a la de un majestuoso órgano.

En Finlandia, hay una caverna en la cual si se da una voz lo más potente posible, contesta con tan horrible rugidos que causa terror.

La tala de unos bosques en cierta región de la ribera del Hudson, ha estropeado su eco espléndido. Antes de la corta, el eco repetía la voz cuarenta y dos veces.

Indudablemente, el eco natural más extraordinario del mundo es el que se oye a orillas de un pequeño lago de Baviera.

En un lado se alza un acantilado de varios centenares de metros de alto y en el lado opuesto se extiende un denso bosque. Si se dispara un pistoletazo en el lago, el bosque devuelve un eco

HISTORIETA DEL PERRO CAZADOR O LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

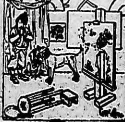




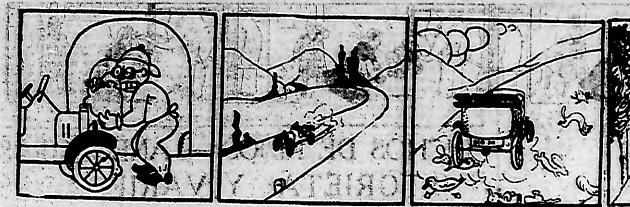








Un Buen Negocio de "Muerdechapas"



Muerdechapas tiene un Ford lo peor de lo peor.

Con él corre horas enteras por todas las carreteras

Y es el terror de los gatos, gallinas, perros y patos



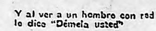
Porque cubre la distancia de bichos en abundancia



Muerdechapas es un socio que de todo hace negocio



Y al ver a un hombre con red le dice "Démela usted"



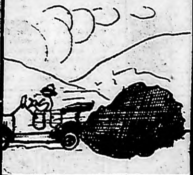
Ata la red el muy cauto a la trasera del "auto"



Y pone en marcha el motor con el acelerador



A saltos desesperados se mete por los sembrados



Corre a doscientos kilómetros por bosques y por caminos



Atraviesa la región con rapidez de ciclón



y ved, al final del viaje, lo que se trae de equipaje.

LA DERROTA DEL "ESCARABAJO F. C."

El "Escarabajo F. C." era un equipo formidable. Ningún otro jugaba como él, ni manejaba la pelota con tanta habilidad.

Había vencido a los equipos más renombrados. Al "Hormiga F. C.", por ejemplo, lo vencieron por 127-0. Bien es verdad que el primer "chut" aplastó al guardameta, y desde entonces nadie defendió la portería. También es cierto que cada balonazo aplastaba un defensa o un medio y que los delanteros del "Hormiga F. C." sufrieron igual trágica suerte que sus compañeros. Desde que todas las hormigas murieron aplastadas por la pelota, los escarabajos metieron 125 tantos sin gran dificultad. Fué una lástima lo que sucedió al Hormiga F. C.". No tuvieron en cuenta que el balón de los escarabajos peloteros era cien veces más grande que cualquier hormiga y de un peso igualmente relacionado. ¡Las hormigas se habían entrenado siempre con granitos de trigo!

Nadie podía con el "Escarabajo F. C." ¡Aquel juego de cabeza que tenían! ¡Aquellos pases tan estupendos!

Ni el "Oruga F. C.", un equipo demasiado blando; ni el "Topo Sporting", en el que los jugadores jugaban a tientas; ni siquiera el "Racing Lagartija", que tenía fama de rápido y eficaz, pudieron con el team de los escarabajos peloteros.

Todos los bichos aseguraban que este equipo ganaría la Olimpiada de aquel año.



Pero no contaban con otro equipo que se entrenaba en el mayor silencio: el "Erizo F. C.".

Los escarabajos peloteros no esperaban aquel enemigo. Bien pronto pudo verse la diferencia entre unos y otros.

No es que los escarabajos jugaran mal, no. Por el contrario, se combinaban bien y tenían mucho entusiasmo; pero ¡había que ver los erizos!

Ningún escarabajo se atrevía a darles carga por si se pinchaba con las púas del erizo contrario. En cambio si a los erizos se les ocurría dar cargas ¡había que salir corriendo!

Además, cuando los erizos se hacían con la pelota, era "goal" seguro. La recibían en el aire y se la clavaban en sus pinchos. De allí no se la quitaba nadie.

El triunfo de los erizos fué enorme.

Los escarabajos peloteros dicen que no, y que si hubo trampas y que si tal y que si cual, y que si los pinchos debían prohibirse para jugar al "futbol". Todavía dicen que ellos ganaron la Olimpiada. No hagáis caso. La verdad es lo que os acabo de contar. Los escarabajos son muy aficionados a meter bolas.

R O M P E C A B E Z A S

Nuestro dibujante ha hecho este dibujo con siete errores. ¿... es el pequeño lector que los indicará? Le daremos, por lo pronto, un ejemplo: las agujas del reloj no están en el centro. Quedan, pues, seis. Esperamos soluciones.

PREGUNTA CON RESPUESTA

¿POR QUE SE COLORA EL CIELO A LA PUERTA DEL SOL?

Cuando el sol se pone, sus rayos no descienden directamente sobre nosotros, como cuando está en el cenit, sino que tienen que atravesar, antes de llegar a nuestros ojos, capas mucho más espesas de aire; del mismo modo que, si introducimos en una naranja un alfiler en la dirección de su centro, no tendrá que atravesar tanto espesor de su cáscara como si lo hacemos penetrar en dirección oblicua.

La luz del sol poniente tiene que recorrer una distancia mucho mayor a través de la atmósfera, y pasará por regiones más próximas a la tierra y más cargadas, por lo tanto, de corpúsculos orgánicos, que van absorbiendo algunas de sus partes y reflejando las otras. Estos corpúsculos que flotan en el aire son de muy diversos tamaños, y por eso observamos colores muy distintos en la puesta del sol. Y este es al mismo tiempo el motivo de que las puestas de sol sean tanto más hermosas y ricas en colorido cuanto más cargado está el aire de substancias extrañas.

* * *

Mario, general romano, decía en una ocasión a sus soldados que le pedían agua:

—Amigos míos, la hay en el campo enemigo.

ANECDOTAS

Uno de los hijos del archique Uno de los hijos del archimillonario Rostchild tenía por costumbre ocupar siempre el mismo carruaje de plaza.

En cierta ocasión, el padre tomó por casualidad el mismo coche, y al bajar sostuvo con el cochero el diálogo siguiente:

—¿Cuánto es?

Sacó el portamonedas y pagó el importe.

—¿Dos solamente? Su hijo nunca me ha dado menos de un duro y por el mismo trayecto.

—¡Ah!, si yo tuviera la suerte de tener un padre tan rico como el suyo, haría lo mismo.

* * *

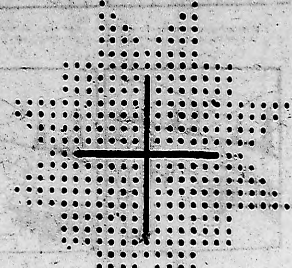
Una vez tropezó el conde de S. a M. de Vaines, y le dijo:

—¿Es cierto, caballero, que en una casa donde tuvieron la bondad de asegurar que yo era un hombre de ingenio, vos respondisteis que no lo había sido nunca?

Y el de Vaines replicó:

—Caballero, os han engañado...

¡Yo no he estado jamás en ninguna casa donde dijeran que vos érais un hombre de ingenio!



He aquí una estrella de doce puntas que ganó en la guerra un bizarro militar. En un nuevo acto heróico volvió a ganar otra estrella de ocho puntas; más para poder usarla le obligaron a que la trazara dentro de la que ya tenía, de manera que no tocara ningún punto de la línea exterior y debiendo dejar la cruz en el centro.

¿Por qué puntos trazó la nueva estrella de ocho puntas?

El Cuento de la Vuelta del Aviador Franco



1 —Franco volverá.

—Franco no volverá.



—¡¡Lo apuesto lo que quiera a que Franco volverá...!!



—¡Pues yo le aseguro a usted a que Franco no volverá!



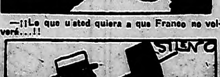
—¡¡Lo apuesto lo que quiera a que Franco volverá...!!



—¡¡Lo que usted quiera a que Franco no volverá...!!

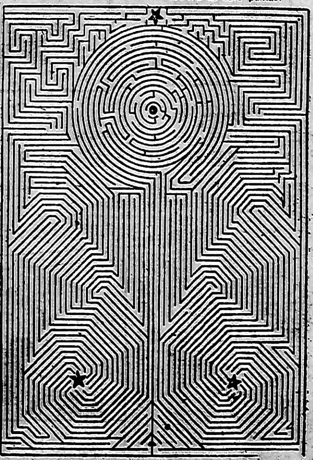


8. —Y así hasta quinientas mil veces.





—¡¡¡Y hasta un millón!!!



Salir de una estrellita y visitar las otras dos sin cruzar ninguna línea.